

## Dos poemas y una carta

(En el Rep. Amer).

### Esta carta...

Loja, 21 de octubre de 1940.

Mi querido don Joaquín: Perdona usted que haya llevado mi pereza habitual, grave pecado que siempre me reprocho y del cual no me curo, hasta dejar pasar el vigésimo aniversario de nuestro **Repertorio** sin llevarle mi palabra de cordial, entrañable e íntima felicitación, por el volumen grandioso de la obra realizada—¡figúrese: **Repertorio** nació cuando yo tenía cinco años!—y la firme generosa mano suya que ha sabido realizarla. Pero usted sabe, don Joaquín, que en mí, como en todos los escritores de América, **Repertorio** es una presencia constante y sus fechas son nuestras fechas. Si algún momento falta la palabra oportuna, en cambio el corazón está presente. Como en este caso el mío ha estado, celebrando, gozoso, esta fecha que es fecha de toda la cultura de América.

Y ahora, después de tanto silencio, una doble colaboración para **Repertorio**. Un poema mío. Y un poema de mi hermano Tengo que decirle algo a este respecto, don Joaquín. Esta sangre que llevo está toda signada con el llamado eterno de la poesía. Mi abuelo fué un poeta católico de alma limpia y tímida. Mi padre ha hecho poesía de amor llena de romanticismo en sus jóvenes días.

El hermano menor de mi padre, Benjamín Carrión, antes de sus obras de biografía y crítica, y en ellas mismo, ha sido siempre—por sobre todas las cosas—un poeta. Entre mis parientes cercanos cuento muchos poetas: Eduardo Mora Moreno, Manuel José Aguirre, Manuel Agustín Aguirre. Esta sangre lleva un torrente incontenible de poesía. Y ahora, mi hermano pequeño. Menor cinco años a mí, tiene veinte, hace el servicio militar obligatorio y va a ser médico. Y es poeta. Me ha dado este poema, el primero de él que conozco. Se lo mando. Quiero que su poesía nazca y crezca a su sombra, don Joaquín, y que **Repertorio** sea el hogar de este nuevo retoño—el más joven—de esta sangre ya antigua de poetas que yo llevo en mis venas.

Y una fotografía. Allí estoy y junto a mí el joven poeta. Bajo el sol de esta tierra, que es muy claro. En el campo, donde hemos pasado nuestras jóvenes vidas. Junto a un reloj de sol, espejo verdadero y luminoso del tiempo. Una fotografía de este año.

Gracias por todo, don Joaquín. Gracias cordiales de su amigo y admirador devoto y sincero,

ALEJANDRO CARRION

Apto. Núm. 12. Loja. Ecuador.

### Que siempre que tú vences...

Que siempre que tú vences con la tarde te afrontas y salta tu contento a darirme las venas, mientras un árbol tibio se endereza hacia el cielo prendiendo en honda fuerza sus raíces eternas.

Es el salto más tibio y claro en alborada y es perfecto el brillar de tus ojos oscuros, donde se alza mi sueño sobre toda tormenta hasta triunfar sus rayos en nieves entornadas.

No creo en los manejos eternos de serpiente que brillan sobre el musgo de tu regazo suave, ni mi tarde está oscura para no ser mañana juvenil y, viviente, flotecer en tus manos.

No mientas. No tus ojos para el suspiro turbio ni tus manos de nieve y membrillo fragante para dañar la luz pulcra de la azucena que puede, tristemente, dominar el paisaje.

Yo creo en tu perfecto soñar de adormidera creciendo hasta el recóndito anidar de mi duda, capaz de terminar en la alcoba serena el eterno morder de mis sierpes en celo.

Puede ser que palomas más niveas aún vinieran a anidar sobre el hombro de tus árboles tristes, que mi alegría cándida soltara sus cadenas en arroyos cristalinos y vollosos de harina.

Es una corza pálida la que cruza nadando el albo río de leche que en tus pechos asoma y es mi sed insaciable la que llena tu vaso de palabras y angustias dormidas sobre el tacto.

Y este canto cantado por mis labios perennes tan sólo de la muerte se recela y se escapa, porque siente subir de tus huellas ligeras el paso leve y raudo que no huye ni cansa.

Si tus muslos perfectos son corona de gracia para vencer en largas jornadas de ternura y hacer de mi esperanza un esfuerzo triunfante saltando por tu pecho hasta tu oscura franja,

Si en tu campo mi estirpe puede hacerse serena y perder esta duda que la hace arder, eterna, en inquietud y asalto y emboscada y perfume miedoso y embotante en la noche y la queda,

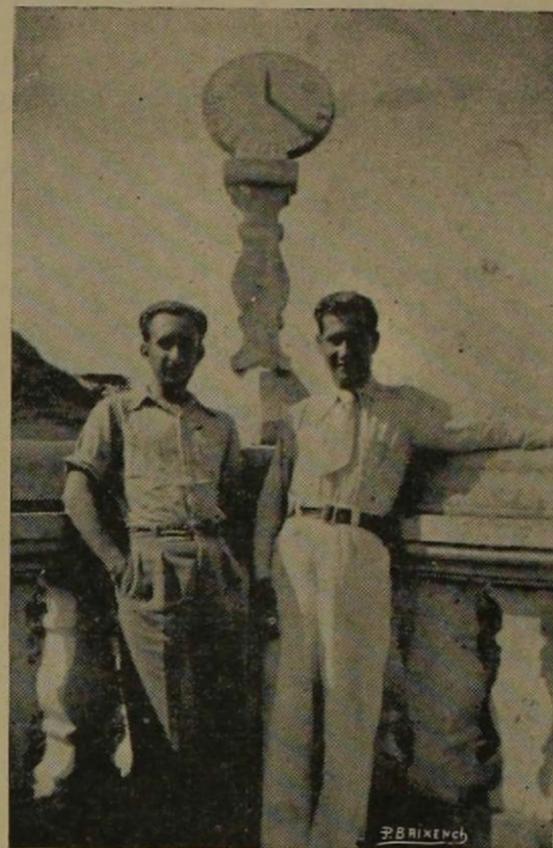
Si en tus calles mi sangre puede correr tan ancha y en tu mirar mi labio puede dejar su huella, su beso de canción estremecida que arde y su morder perenne de serpiente serena,

Tú en mi incendio me doblas el perfecto sentirte y me haces florecer tu calzura, aclarando; yo tengo ya en mis años este decir flotante para verte venir, recibirte y cantarte.

Oyeme, que me callo y me aduerto en tu arrullo. Si en ti nunca está diáfana mi palabra durable y es tan sólo alabastro mi cantar y tu manto tibio abriga mi frío en tu cuerpo y tus ascuas.

Que siempre que tú vences tus árboles se enraizan y en la tarde amanece un rocío entusiasta y yo soy en tu mano quien aprieta y quien danza y quien dá y quien recibe y sobrecoje y canta.

ALEJANDRO CARRION



Alejandro y Carlos Enrique Carrión

(Cuenca, Ecuador, 1940).

### Canción de la cita

Estoy ante tu puerta, amapola de mi sangre, y mis labios ansiosos se aprestan a llamarte, mas un nudo de angustia formado en mi garganta impide que tu nombre endulce mi palabra.

Te sé, allí, esperándome tras doradas cortinas, en reposo tu imagen cristalina y ardiente, y en contra de mis labios que a llamarte no acier—  
[tan profundo, aquí, en mi pecho se me clava un re—  
[proche.

Mas tú, que sabes todo—mi amor y mi alegría—pones en tu ventana la lumbre de tu imagen; y tu pequeña mano desanuda mi angustia y tu mirada clara ilumina mis ojos.

Y llegas a mi pecho rebosando alegría —reímos mucho tiempo sin decirnos por qué— y mientras tú me hablas mi silencio te escucha porque tus labios dicen lo que sueñan mis labios.

Acordes, en nosotros, se acercan las palabras, se anudan las ideas, nos miramos las almas, y nuestras bocas callan trenzadas en el beso y al mirarnos los ojos nuestras penas se apagan.

Hermoso y tibio el día, placentero y amable como el clima delgado del amor en el pecho: mi cuerpo nada siente más allá de tus ojos y no hay calor más suave que el de tus manos  
[blancas.

CARLOS ENRIQUE CARRION